



JUNO.

Rocío Grau

¿Le diré mañana Ernesto Javier a Eleonora Pérez que Gustavito es el hijo abandonado?. Este tipo de pensamientos, causantes del aturdimiento mental que Hera sufría todos los días alrededor de las cuatro y media, duraban aproximadamente hasta las dieciséis cuarenta (hora digital del video que tenía ante sus narices).

¿Por que no me sirves un cafelito, chata?. Con un esfuerzo sobrenatural consigue incorporarse del mullido y estampado sofá, que había sido capaz de compartir con ella ese tiempo de ensueño y plenitud diaria, siempre interrumpido por la misma orden. Entre bostezos y maldiciones adelanta sus pasos por el túnel hermosamente decorado, la guía por fin al impecable infierno del cual logró escapar tiempo atrás. Sin ánimo apenas, echó una mirada cansada a su alrededor, de forma absolutamente mecánica consigue su reto, reto que la había hecho regresar a sus tinieblas melancólicas. Ejecutada la orden, su mejilla recibe un breve roce y el aire un beso complaciente.

Al contemplarse vio a la mujer que estaba al otro lado del espejo, “Hera, la de los blancos brazos, la de los ojos bovinos”, pasó a ser un perfecto Botero de pronunciadas curvas inmensas. Aún quedaba la música.

Sentada sobre su aliado, pasa sincronizadamente las páginas del periódico territorial; de manera natural hizo lo mismo con una revista literaria ya leída, hasta encontrar lo que inconscientemente buscaba hacía años, la idea adecuada en el momento oportuno:

“Creo que no soy responsable del sentido o de la falta de sentido de la vida. Pero si soy responsable de lo que haga con mi propia y única vida.” (Herman Hesse).

Esta salvación se escondía, hábil, en una columna poco valiosa que intentaba pasar desapercibida (normalmente así era), a la atención del lector. En el tiempo que tardó en depositar la revista dentro del revistero, Hera recordó, como quien vive de nuevo, momentos perdidos en el olvido; a la vez, un leveerizamiento cubre su cuerpo.

Mañana 11 de marzo tendremos, como hasta ahora, frecuentes nieblas que se convertirán en chubascos al mediodía. Vientos fuertes del noreste soplarán en las zonas costeras. Estado de la mar: marejadilla con tendencia a marejada. *"Buenas noches y recuerden mi consejo: Procuren ser felices"*.

A estas alturas del año, y con este panorama meteorológico, a Hera, como a cualquiera, le surgía una ansiedad primaveral que aumentaba progresivamente. *"Necesito una dosis de primavera"*.

Cariño ¿que te pasa?

Nada.

¿Nada?. Algo te pasará.

Daba comienzo el esperado bombardeo irremediable. Decide para abreviar, proporcionar toda la información al segundo ataque... Lo que sucede, sencillamente, es que me envuelve la toga de la monotonía; a veces se va resbalando por los hombros, pero me vuelve a cubrir. Antes, en las Héreas, el viento rozaba mi cuerpo en todo momento; en cambio, ahora, por mas que lo intento, no me puedo desnudar. ¿Por qué esta toga no se me desliza?. Mi piel es la misma.

Pero reina, si únicamente se trata de eso, yo mismo te desnudaré.

La solución era absolutamente contradictoria, puesto que él la había ido vistiendo poco a poco con el paso de los tiempos, hasta cubrirla por completo. Quizás permita que se le resbale un poco, ya lo había hecho antes. Sabía que la total desnudez era la única forma de poder asistir a las Héreas añoradas, a la vez imprescindibles para no seguir superviviendo, y vivir. Aún quedaba la música.

Durante su infancia y adolescencia Hera había poseído un resplandor, propio de un ser divino, que deslumbraba todo lo que le rodeaba; conoció al que a sus ojos era el elegido, *"Dios de los dioses"*. Comenzó a sentir por él una enloquecedora pasión que la cegaba. Este irracional sentimiento fue el principal culpable de la aparición de una neblina dispuesta a rodearla. Se fue espesando despacio, suavemente, segura, hasta que su resplandor quedó en casi un imperceptible destello de luz, decidido a hacer alguna aparición siempre que su toga alcanzara algún deslíz.

La información del Meteosat afirma un considerable ascenso de las temperaturas con el establecimiento de un anticiclón sobre esta zona. La mar acogerá un viento racheado de componente Sur. *"Buenos días y me niego, por motivos personales, tanto a dar como a recibir consejos"*.

Un suspiro dulce y tierno, quizás, un susurro cálido, lleno. Aunque también pudo ser un gemido melódico, lo que esa mañana interrumpió el sueño desnudo de Hera. Completamente despierta, sin inmutarse, advirtió embelesada la presencia de su amiga mas deseada; la olía, su respiración lenta y profundísima se empapaba de ella. La música permanente, sabia, le sugería al oído, y la luz se hizo pastel de luces en el ambiente.

Sin ningún motivo aparente le vino a la memoria el aforismo que leyó días atrás; lo fue componiendo con algo de dificultad hasta formarlo tal y como pensaba que era. No cabía duda de que podría ser de otra manera. Recordaba también una diminuta pulsera compuesta por una serie de "bichitos de luz" rojos y negros; sus cuerpecitos de madera estaban atravesados por un doble elástico que los unía entre sí. Como dijo mi amigo, *"...No hay nada más amado que lo que perdí"*.

A partir de ese momento Hera se dispuso, firme, a despojarse de la toga. Las fases fueron lentas, a veces interminables, mucho más duras de lo que imaginó en los comienzos; "El Botero" volvió a ser el reflejo de su cuerpo en el espejo. El destello ya no era destello, sino luz intensa que de nuevo comenzaba a deslumbrar. Se desnudaba en una absoluta soledad de momentos insufribles, pero en el instante más inesperado la toga sufría un deslíz que dejaba ver el pecho, la cintura, las caderas ...; de ahí le provenían las fuerzas suficientes para continuar su lucha.

Así fue como Hera, esposa y hermana de Zeus, pudo al fin corretear desnuda por el Universo.